

Te conozco muy bien; te he padecido.
y entre las fibras de mis carnes duras,
mil veces he sentido
tus fieras y sutiles mordeduras.

Que existas nos conviene,
por contraste, a los pechos esforzados.
No es oro, el oro que crisol no tiene,
y es más puro el honor entre malvados.

¡Ven!... acércate a mí. Vierte el veneno,
que no soy ni un vencido ni un sumiso;
yo estoy hecho a marchar por entre cieno,
y no me salta al rostro lo que piso.

Que tema de tu dardo el golpe fiero
aquel que tenga espíritu lacayo.

Mi cuerpo es pedernal, mi alma es acero
que embotan el empuje de tu rayo.

Dí a los que se alimentan con tu jugo,
que, entre las cuerdas de mi lira rota,
tiene para sus lenguas de verdugo
un desprecio, mi canto, en cada nota.

FRANCISCO BELMONTE.



NOTAS A EÇA DE QUEIROZ

ACABO de leer la «Vida de Eça de Queiroz», de Enrique Segura. La amable lectura de obra tan exquisita me ha llevado a revolver viejas notas de lector, que yacían en el olvido de mis papeles. Ahora, las ofrezco a Enrique Segura, como flor de amistad, devoción y agradecimiento por el envío de su libro.

MODERNIDAD

He vivido dos o tres tardes fascinado por un bello libro: «La Ilustre Casa de Ramires». Su autor, Eça de Queiroz, uno de los primeros novelistas del mundo, es un novelista del realismo, sin duda, pero tiene una incomparable modernidad. Hasta el punto de creer honradamente que si en la novela como en la poesía no dominase el ánimo estúpido de singularizarse (hoy ya va siendo borreguismo tópico) el arte de novelar de Eça de Queiroz, podría ser ejemplar en esta misma hora de las letras.

La escuela realista, admirable por otra parte, produjo una novela demasiado atada a la realidad; y aún esto se extremó con el naturalismo. No había hueco en ella para una interpretación lírica de la vida y del paisaje; a veces, el paisaje, faltaba en absoluto. Como reacción contra el idealismo de menor cuantía de la novelística romántica, estaba bien; como solución literaria era incompleta. Volcar la vida en las páginas de un libro, así como el cadáver en la sala de disección, es eso: ofrecer carne muerta. Hacía falta algo más: el soplo lírico; echar el alma del autor sobre el análisis del contorno, enseñarnos su manera íntima de ver el mundo que mostraba a sus lectores. ¡Alma! Ironía, sentimiento, amor y regusto de espectador que interpreta, que se mezcla, con la humanidad de la obra y con la escena donde esa humanidad se agita. Este es el secreto del encanto que ha ofrecido la novela de este siglo, a pesar de no haber contado con figuras tan gigantescas como tuvo en la centuria pasada.

Eça de Queiroz, naturalmente, no tiene esta modernidad, pero la apunta ampliamente, tan ampliamente que es de hoy todavía y tal vez será siempre de mañana. Eça escribía cuando lo hacían los grandes maestros del siglo XIX, pero éstos no habían atisbado el porvenir; con todo su genio indiscutible se arrastraban demasiado fuera de ellos mismos; se les puede leer, pero no se les puede sentir. A Eça, sí; Eça de Queiroz es nuestro. tuvo la intuición de la modernidad; parece que nació cuando sus contemporáneos morían.

Así, el descubrimiento de Eça ha sido la experiencia más impresionante de mi vida de lector, en lo que respecta a novelas. Admiro profundamente a Eça de Queiroz; me parece una de las más legítimas y puras glorias de la novela contemporánea.

EL PAISAJE

En Eça, el paisaje, no ya renace, porque en realidad no ha vivido nunca en la novela, sino nace. Es incomprensible esta tardanza en el parto del paisaje. No encontramos aguas arriba otros paisajes que aquellos falsos, totalmente naturaleza desnaturalizada, de la novela pastoril, tan semejante a la poesía de pastores y tomillos del clasicismo; algo sin nervios, artificial, docto, como un manso cuadro de Watteau. Es en el *Quijote* donde por vez primera hay paisaje cálido; y en esto brilla por una faceta más el genio impar de Cervantes. Hacían falta tres siglos más para que este motivo tan natural del paisaje ascendiese a su lógico puesto en la novela. Eça de Queiroz lo coge amorosamente, funde en él a sus personajes y nos deleita con el paisaje no menos que con las figuras que lo recorren. A partir de este momento, el paisaje, ya no habrá de abandonarnos en largos años y queremos creer que ha quedado fundido para toda la eternidad en el arte de novelar.

Ya hemos dicho que estas notas han sido escritas al cerrar la lectura de «La Ilustre Casa de Ramires», lectura sugestiva, que nos ha llevado a estos comentarios. En aquellas páginas vive poderosamente un paisaje dulce y ameno que nos es familiar: el del Norte de Portugal, entre Miño y Duero, solar de Eça, donde fluyeron sus primeros años literarios y sentimentales. Este paisaje es el mismo de Galicia o de Asturias, con sus valles, sus serranías pobladas como un nacimiento pascual, sus feligresías o parroquias, aldeas y núcleos urbanos diseminados. Un paisaje no sólo apto para el trabajo, sino también para el amor, para vivirlo gustosa y serenamente, recorriendo sus sendas sombreadas por los castaños y perfumadas por el triunfo de la manzana. Pazos, pomaradas, quintas dispersas, que acarician las aguas de arroyos sin estiaje y humedecen montes de verde perennidad; allí, hasta la vida misma de la ciudad está en íntimo contacto con el bosque y se adormece en la tierna poesía de unos alrededores suaves, frescos, fragantes. El hombre, allí, se siente más cerca de Dios.

Los paseos a caballo del hidalgo de la Torre nos refrescan el alma, nos embriagan y el recuerdo nostálgico de horas vividas en aquel paraíso salta en los nervios destemplados bajo el sol de Andalucía, donde escribimos. Con saudade, recorreremos una y otra vez, caballeros de la añoranza, esa delicada distancia, paseo de delicias que une Villa Clara con Santa Ireneia, y nos sentamos a departir amigablemente con Gouveia, Titó..., en las encantadoras afueras; y en las noches de luna, bajo el gemir blando de los árboles, escuchamos los fados enternecedores de Videiriña.

CARACTERES

Mantener los caracteres de los personajes de una novela no es empresa fácil; en saber cumplirla se fundamenta gran parte del mérito de la obra. Novelas se escriben muchas, pero buenas novelas muy

pocas. Estamos acostumbrados a ver cómo los novelistas arrojan un tipo a las cuartillas y lo dejan crecer a la buena de Dios; y, naturalmente, se tuerce falto de dirección. En este capítulo no lo reconocemos tal como lo tratamos en otro. Si en el teatro los caracteres tienen suma importancia, en la novela no han de ser menos. Diremos más: la novela es vida y en la vida cada hombre lleva un sello, un perfil moral, que mantiene a lo largo del recorrido. Cuando un autor arranca de la cantera de la vida un sujeto, debe cuidar con esmero su personalidad, conservar su carácter.

Eça de Queiroz es buen maestro de personajes; sus caracteres no fallan jamás; son hoy los de ayer; y a través de las vicisitudes que los combaten cada uno sabe conservar lo que es. El bondadoso y tornadizo Gonzalo Mendes Ramires es, a lo largo de la obra, el mismo personaje, ligero y simpático; Titó, el rectilíneo hombrachón; Cavallero, el permanente figurón representativo; Barzolo, el impenitente insustancial. A todos los encontramos en su lugar en cada momento, sin desmentirse nunca.

Es deliciosa esta humanidad, en cuyo trato nos ha introducido el novelista; y cuando acabada la lectura colocamos el libro en los anaqueles de la librería, nos dá pena separarnos de tan buenos y constantes amigos; sentimos que con ellos se ha enriquecido nuestra experiencia vital. La lectura ha durado unas horas, pero el mundo que hemos convivido con ellos nos parece un largo episodio de nuestro vivir. ¿Qué quedará en nuestra memoria de esta convivencia? El tiempo irá pasando. Un día, al echar una mirada a nuestros libros, recordaremos vagamente de vagas cosas que pasaban en las páginas de este amable volumen. ¿Volveremos a leerlo? Si caemos en esta dulce tentación tengamos la seguridad de una resurrección de caracteres bien perfilados que no defraudarán nuestra emoción estética. Como si fueran trozos reales de la vida pretérita, allí han quedado fijos, inmutables, unos amigos excelentes que tienen hundidas sus raíces en nuestra biografía, con sus virtudes, sus vicios, sus peripecias y siempre tan humanos, tan cálidos, tan permanentes en sus reacciones. Hijos, al fin, de la imaginación poderosa y del arte de un escritor fino, sutil, que sabe su oficio.

PROVINCIANISMO

Eça de Queiroz, diplomático, hombre de mundo, escritor cosmopolita a lo Bourget, gusta en sus novelas sumergirse en lo provinciano portugués. Sin duda su alto temperamento de novelista ha comprendido que la vida mundana es algo artificial y minoritario. Lo humano, con su dulzura, con su acritud, lo encontramos siempre en lo vulgar, en lo cotidiano; hay que ir a buscar la vida donde se vive con naturalidad, no con afeites, al aire libre, no al salón ingenioso. «La Ilustre Casa de Ramires» se desenvuelve en un ambiente de dulcísimo provincianismo. Es uno de sus mayores encantos, un encanto hondo, suave, lleno de fragancia y lozanía. No es propiamente una novela regional, en la que se dibujen notas característi-

cas de una comarca. Eça afronta siempre en sus libros un ambiente genérico, universal, y mueve una humanidad de todos sitios; pero si no es una novela regionalista, sí es la novela de un mundo provinciano que se desarrolla con emocionada ternura. Aquella vieja ciudad de Oliveira la hemos vivido en tantas partes...; nos son familiares sus caserones ilustres, sus calles silenciosas, los paseos dominigueros con músicas y uniformes, el casino, con sus butacas de mimbres, donde sestea un señorío indolente y murmurador, las oscuras comadres correveidiles de escándalos y secretos caseros.

Es delicioso soñar bajo las acacias de los paseos de una antigua y adormilada capital de provincia. La vida, tan presurosa en las grandes ciudades sacudidas por tumultos de problemas e inquietudes, se hace sueño y sosiego bajo los porches provinciales; todo es lento y apacible; y el vivir es un sopor cadencioso de horas eternas y eternos sentimientos. En definitiva, lo que más vale del barullo humano. Cuando en un breve paseo a caballo nos trasladamos a Villa Clara, nos acoge el mismo ambiente de la capital, más reducido aún, más cerca ya del monte, con un olor más penetrante de pinos y prados. Si salimos por la carretera cualquier dirección que luego tomemos nos internará en plena montaña, en el frescor de las arboledas tupidas, en el fervor de las feligresías que han salpicado de hombres y vacas valles y cumbres, laderas y planicies. Aquí la vida rural es la vida común, la de todos y cada uno al contacto de las alboradas trémulas y de los crepúsculos lentos del atardecer. Como en días remotos, las fiestas se celebran con pólvora, y esos perdidos y lejanos cohetes, que desde la Torre se veían estallar en la atmósfera mojada de la noche, son testimonios de la lealtad del hombre a sus tradiciones.

La obra de Eça nos embriaga de los mejores vinos: aquellos que no se extraen del fruto de una planta determinada, sino de toda la sustancia verde y húmeda de un paisaje, sin perdonar ninguno de sus jugos, desde la humilde violeta al soberbio roble. Provincianismo, deleitoso provincianismo, donde todos quisiéramos dormir al término de nuestra carrera, de vuelta ya de la desolación exterior de la aventura.

IRONIA, SENTIMIENTO Y DIALOGO

He aquí tres cualidades indispensables en la novela y que tanto escasean en las novelas. La ironía es la salsa de una narración hecha de jirones de vida; y es tan difícil manejarla que ha requerido toda una especialidad: el humorista. De la vida se ha arrancado el humor y unos hombres de letras han dedicado exclusivamente sus inteligencias a cultivarlo; ni más ni menos que en una ciencia empírica. Sin embargo, la ironía no es una especialidad, porque no puede hacerse una exposición de la vida sin tener ocasión para disparar como saeta sutil y eficaz una sonrisa entre burlona y amarga contra el contorno. Eça de Queiroz es genial humorista; y temible, porque su ironía es un florete feroz que toca siempre el corazón. Jamás cae Eça en su uso en cualquiera de los abismos que amenazan los flancos de la ironía: lo jocoso y lo grosero. La elegancia de su ironía corres-

ponde exactamente a su profundidad de pensador y a la exquisita calidad de su espíritu.

El sentimiento en la novela es su sustancia fundamental. En Eça ocupa amplio y renovado lugar. Sabe hacernos sentir humana y hondamente; en su obra todo es delicadeza y gracia; al leerle, al lado de nuestro propio sentir, sentimos con los problemas de los personajes del alto mundo de su fábula; cerramos el libro y no sabemos si los sentimientos que nos han ocupado son nuestra propia tolvanera sentimental. La ironía y el sentimentalismo, en la más noble de las acepciones de este término, se mezclan y suceden con la más exacta oportunidad. La ternura que conmueve al corazón y la sonrisa de un elegante descorazonamiento alternan en incomparable hermandad las reacciones de la lectura. Nada encontramos en sus páginas duro, basto, descompuesto o gesticulante; su prosa y las ideas que con ella se visten responden a un auténtico gran señor de las letras.

Finalmente, en Eça de Queiroz hay diálogo y no artificio. No menos que en la escena, cuando en la novela se habla, es menester que la conversación sea apropiada. La gente no habla como se venía hablando en las novelas. La naturalidad de la expresión faltaba siempre; teníamos un lenguaje en la vida y otro en la novela. Eça deshizo esta violenta dualidad; no hay más que una forma expresiva: la de la vida. Los personajes de Eça salieron por las cuartillas, hablándonos con el abandono y facilidad con que conversamos bajo los olmos y sobre los bancos: con la gracia de lo espontáneo.

DESENLACE Y SORPRESA

La vida del hombre es a veces sorprendente, pero en general sigue un curso poco variable y todo está previsto en su monotonía. Por eso, aun reconociendo que está mejor conservar el interés y la sorpresa de la narración, poco me importa que el desenlace de una novela se deje adivinar conforme avanzamos en su lectura. Si durante ella captamos ricas calidades, porque no es el enredo de folletín de la acción lo que abona el mérito literario, sino aquellas calidades con las que vamos tropezando a cada paso. No puede, sin embargo, desdeñarse el valor de la intriga y la originalidad y sorpresa del desenlace; la obra literaria será más perfecta si nada olvidó y en nada flaquea o falla. «La Ilustre Casa de Ramires» es completa en este como en todos sus aspectos. Pero no podemos evitar la perplejidad que nos produce su sorprendente desenlace. Y no digo esto en tono de elogio precisamente, sino por el contrario, en esta ocasión, el final no previsto contraría y empequeñece el admirable conjunto donde rodábamos cautivos de su gracia.

¿Qué se propuso Eça al escribir esta novela? Estábamos persuadidos que aquel elegante descorazonamiento a que aludimos, su fina ironía, nos llevarían al fracaso total del héroe y que la ilustre estirpe de Ramires caería al fin arruinada como las viejas torres feudales que la cobijaron. Ya preveíamos, tras la humillación del hidalgo ante Cavalleiro, la burla pícaro de éste, arrebatándole el acta de dipu-

tado a última hora; la paliza propinada en Graiña por el guapo de la vecina aldea; la cortés y disimulada disculpa del editor para no insertar la novela en los «Anales»; y hasta la feliz noticia que jubilosamente y con regocijado misterio le anunciaba Barzolo, dábamos por seguro que sería el embarazo ¡al fin! de Graciña.

A Gonzalo Mendes Ramires lo considerábamos ya Quijote molido a manos de todos los yangüeses de la vida. En verdad era magistralmente sombría esta presunción.

No obstante, nada de esto ocurre. Gonzalo, triunfa en su candidatura; Graciña, sale indemne de sus relaciones con Cavalleiro; la novela del señor de la Torre, consigue los más favorables elogios de la crítica; y hasta sobre el jaque de Graiña, cuya osadía tanto nos había mortificado, obtiene el hidalgo ruidoso triunfo digno del abuelo Trutesindo. Es decir, que tras verle vacilar a lo largo de la novela, Gonzalo Mendes, al soplo de vientos benévolos, es empujado hacia la victoria. Y lograda ésta, no se emborracha ni envanece, sino rompiendo con lo presumible, desdeña los honores que tan soliviantado le traían, y se lanza, con templado ánimo, a las peligrosas aventuras de la colonización africana, como un Mendes de antaño, navegante y aventurero. Lograda una gran fortuna, vuelve al solar de sus mayores hecho un enorme Gonzalo triunfador; Eça, hasta nos deja entrever un feliz enlace con rica y noble heredera. La gran novela se ha desvanecido en un final azucarado de novela rosa.

PATRIOTISMO PORTUGUES

No sé si lo hubiéramos descubierto de no decirlo concretamente Eça. «La Ilustre Casa de Ramires» es Portugal, con sus vicios, con sus virtudes, con sus debilidades, con sus audacias, con sus grandezas, con sus miserias. El protagonista de la novela es la misma patria del autor. Y como la figura de Gonzalo Mendes Ramires nos resulta simpática, aún en sus peores momentos, no hay duda del amor que por su pueblo rebosa del corazón del autor. Tal vez sea esta la razón que ha movido a Eça de Queiroz a huir de la solución sarcástica y amarga que presentimos; hacerlo así hubiera sido menospreciar a su país, al que hacía protagonista extraordinario de su novela. Ante este dulce y amable Portugal su preclaro hijo no ha podido comportarse de otra manera que como hijo amantísimo, aunque la ironía genial haya tenido que acabar en sonrisa casera.

Por esta vez Eça ha querido prescindir de su burlona postura escéptica y ha cantado con entusiasmo patriótico; el dardo peligroso de su ironía ha sido despuntado. Portugal tiene vivo y punzante el sentimiento nacional; y todos sus hijos lo llevan tan dentro, tan amoroso y entrañable, que hasta su ingenio máximo en el arte y en la amargura, llegada la ocasión, como cualquier buen portugués de provincia, grita y gesticula recordando las glorias pretéritas de navegantes y descubridores, los grandes tiempos manuelinos.

BALDOMERO DIAZ DE ENTRESOTOS Y FRAILE

Al Isabel la Católica⁽¹⁾

Si alcanzaran los ojos
A traspasar la inmensa pesadumbre
De los luceros rojos,
En la celeste cumbre
Te hallaran con la Santa muchedumbre.

En resplandor el oro
Trocarse de la espléndida corola
Que puso espanto al moro.
A los cielos tú sola
Prestas más luz que el sol, con tu aureola.

¡Oh tierra gobernada
Por tu cetro sagrado y victorioso,
Cual se miró encumbrada!
¡Oh pueblo venturoso!
¡Oh trono de la Iberia glorioso!

Por ti aquel noble empeno
Con fama coronó el pueblo cristiano.
Por ti, de la mar dueño,

(1) En el V centenario del nacimiento de Isabel la Católica, ALCÁNTARA se honra publicando esta composición que dedicara a la Gran Reina la ilustre poetisa extremeña, Carolina Coronado, composición cuyo original, autógrafo y firmado, lo conserva en su archivo don Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de San Miguel.